

Las ciudades paternas

Por seis ciudades pasó D. Blas y en la séptima descansó. Fue aquí en Barcelona, un 29 de octubre de 1938, en plena guerra. La lápida que se le puso a petición de la propia María Zambrano ya ha desaparecido al igual que sus restos. Mas el escueto epitafio del oficio del allí enterrado, MAESTRO, nos remite a que sus palabras en el oído de sus alumnos y de éstos en otros deben seguir viviendo. De entre éstos, su hija fue alumna privilegiada sin duda y quizá algo o mucho hay de ella —quizá sea ella la propia autora de este texto firmado con Z— en un relato publicado en *La Tierra de Segovia* el día 28 de diciembre de 1919 ¡qué día para publicar! titulado «El niño dormido», sin duda aludiendo a la conmemoración navideña pero donde hay mucha sensibilidad ya por ese estado en el cual la conciencia se vuelve del revés para permitirnos poner en tiempo presente el pasado y el porvenir.

Por esas fechas, o poco después, su padre comenzaba a darse cuenta de que su vida misma era una ensoñación, es decir, que sus ideales no había ciudad que los encarnara plenamente y que su único refugio era el ensueño. «¿Vida de ensueño o ensueño de vida?» se preguntaba en el título puesto a una breve meditación de esos años (algo posterior a 1919 seguramente) para caer en la cuenta de que lo sublime no se encarna del todo en ninguna ciudad. Cuando D. Blas pensaba estas cosas, María Zambrano pasaba de sus quince a los veinte años, edad de ensoñaciones también que contaba en carta a Abellán, ya octogenaria, para recordar estos años segovianos, ciudad ausente, «ciudad ideal, esquema de ciudad, arquitectura de paisaje» desde 1926 cuando marcharon a Madrid. Mientras la marcha idealiza y redime,

la estancia obliga a fijarse en lo cotidiano, lo pequeño y quizá miserable. Por eso su amigo Julián M^a Otero titulaba casi al mismo tiempo «Clisé de la ciudad desahuciada». Quizá él mismo hubiera querido marcharse para ver la ciudad a lo lejos e idealizarla como había hecho Andrés Laguna siglos antes y años después hizo este Laguna redivivo que fue Agustín Moreno, aquel profesor de María Zambrano de quien dijo que era «segoviano, católico de comunión diaria, que explicaba con pasión la teoría de la evolución.»

El sueño de la vida había comenzado en ese vértice inferior izquierdo del triángulo que forman Zafra, Fregenal de la Sierra y Llerena. Junto a Fregenal está Segura de León, en el límite de la provincia de Badajoz con Huelva, tierras de espiritualidad a falta de pan donde su abuelo (D. Diego) ejercía de maestro ilustrado, que hasta nos dejó un manual de aritmética muy «progre» con su defensa de la enseñanza activa y todo. Pues en esta Arqueópolis de «encinas milenarias», de «catolicismo muy cristiano» centrado en el ejercicio de la caridad y «donde ocupaban un lugar muy secundario ciertas devociones y prácticas corrientes», pero sí una posición central la piedad y la melancolía, nació D. Blas. Núcleos de los viejos iluminados quedaban por allí, resucitados al calor de la predicación del Obispo Araujo y su Biblia bajo el brazo, resucitaban lo que nunca había muerto por aquellas tierras: el espíritu de las reformas religiosas del XVI.

El nacimiento se producía en la firmeza de las convicciones trasmitidas a través de los sermones «fervorosamente escuchados», «de la magnificencia del culto en aquella iglesia grande y oscura, henchida de sonoridades del órgano que parecían reflejarse en el corazón, oprimido».

miéndolo con la pesadumbre del pecado y el miedo a su castigo y dilatándolo con la esperanza del perdón y de la gloria». ¡Si hasta pensó en hacerse sacerdote y misionero. Mas ¿hasta qué punto estas ideas pervivieron en los Zambrano para ser su gloria y pasión de modo que la propia María nos ha dejado dicho en *Delirio y Destino* que entender estas heterodoxias era «desentrañar la vida española»? Vida también de glorias y pasiones, más de estas últimas como lo fueron sus propias vidas. Lo dicho en el artículo que sobre su padre escribió a propuesta de Orestes Macrí del que quedan varios borradores titubeantes, dubitativos, nos indican hasta qué punto fue importante esta Extremadura sureña hecha de glorias soñadas y tragedias sufridas. La primera fue ya la demencia de su abuelo que les obligó a dejar aquel castillo y las encinas y la tierra.

Así pues, ciudad lejana en el tiempo para María Zambrano pero, de las anteriores a su nacimiento, la más próxima intelectualmente por cuanto configuró, al contacto con una naturaleza eterna y unas ideas igualmente atemporales, lo que sería después un marco familiar hecho de distancias entre lo ideal y lo real. Creo advertir que andando el tiempo, ya en Madrid, cuando esta distancia se hace imposible para un hombre casi anciano y las columnas se le quiebran, es cuando resurge en la joven María este viejo ideal paterno. Algo de la tragedia quijotesca se cernía en la conformación de aquella conciencia escrupulosa que no «lograba ocultar la faz adusta y el carácter irascible» según palabras del propio D. Blas que debió escribir pensando en su propio padre. *Delirio y Destino*, antes citado, quizá no se entiende sin el relato *Columnas rotas*, explicación de las claves de este fracaso aunque sea con el pudor que permite un texto literario que siempre proyecta los propios pensamientos en un personaje supuestamente de ficción.

La primera parada fue en Sevilla, ciudad de aprendizaje y cultura moderna, con su Universidad, su Ateneo y la Normal donde estudió hasta lograr el título de Maestro Elemental,

primero, y después el superior con veintidós años. Y junto a Sevilla, Alajar donde se inició como auxiliar interino en plena sierra onubense al sur de su tierra natal. Estoy por creer que Sevilla le abrió los ojos al pensamiento y la ciencia: por allí estaban Federico de Castro y Manuel Sales y Ferré y por allí pasaron Unamuno, los hermanos Calderón y casi todos los institucionistas; Alajar fue su despertar a la política, a la idea republicana como forma de vida. Quizá era muy joven para militar en puestos significados de un partido político pero no se entiende su actividad posterior sin este aprendizaje que debió realizar en los fervores del partido de Salmerón muy activo en esa ciudad. Si antes había escuchado los sermones y el órgano de la vieja iglesia, ahora debió escuchar con no menor devoción las conferencias del Ateneo y a algunos profesores de la Normal como D. Simón Fons y Gil, Director de este centro, persona liberal, que tenía a su cargo las asignaturas de Lengua y Pedagogía, bien importantes en los años siguientes para D. Blas. Mas fueron los años en que la hacienda familiar «voló» y hubo necesidad de buscar una «medina» menos pequeña que la ciudad natal.

Así que allá se fueron a Granada, casi con seguridad en el mismo año en que Cuba se encontró a sí misma y la Restauración mostró su peor cara. Y por ello pronto se dio cuenta de que «en el distrito dominaba un caciquismo imponente y aplastante» contra el que chocaba su republicanismo, incomprensible para «las señoras piadosas y la corte de viejos jubilados». Fue Granada, para D. Blas con sus veinticuatro o veinticinco años cumplidos, ciudad para el compromiso y aún para el combate pero no en menor medida para la reflexión filosófica y hasta para el inicio de sus pinitos literarios.

Pronto comenzó a publicar en la prensa local o, como hubiera dicho María Zambrano, a hacer ciudad, es decir, a confrontarla con su destino y sus problemas: en el plano teórico las antinomias entre los ideales hasta el grado en que los formuló Platón con la aspiración máxima de unidad y, del otro, la poca apetencia por

lo sublime que mostraba la filosofía a finales del XIX iniciando su particular calvario por lo heterogéneo. Es sintomático que su primer artículo fuera un «Diálogo» y que Diálogos escribiera en sus últimos años. A ese primer artículo siguieron otros donde su interés bajó a criticar los precios del azúcar, censurar la política impositiva y, en general, en sintonía con los regeneracionistas, poner en solfa los procedimientos de la Restauración.

Su fe en el poder de la palabra le llevó a fundar un periódico y no tuvo otra ocurrencia que poner a su padre de administrador. El periódico, por nombre X, duró medio año y ya fue mucho. «Nuestro ideal —decía en su editorial— es el gran ideal humano, que no puede condensarse en una estrecha fórmula; tiene un lema: «adelante»; un camino que es la «igualdad» cada vez mayor de las condiciones del medio para el hombre; es decir, un camino cada vez más llano y más ancho; un instrumento que es la ciencia; un fin que es el bien; una fórmula amplísima pero sometida a la aspiración suprema del perfeccionamiento, lo mejor en cada caso, y un imperativo, relacionado con todo eso: *laboremus*».

Aún tuvo tiempo en Granada de formar parte de las aproximadamente 1000 personas que se reunieron en el teatro «Calderón de la Barca» para fundar *La Obra*, agrupación de carácter obrero donde D. Blas expuso sus ideales educativos y sus críticas radicales a las desigualdades de tipo social. Mucha y amplia debió ser su presencia en Granada para preocupar a la autoridad religiosa durante los poco más de dos años que allí vivió. Fue considerado incluso el anticristo por el bueno del obispo quien dispuso de las calles para organizar una procesión en acto de desagravio frente a este maestro en ciernes que decía aquellas cosas tan radicales ante los obreros aunque no fuera para complacer sus oídos y menos con cosas que seguramente ni entendían. Ni más ni menos que con estas palabras terminaba su artículo con motivo del 1º de mayo de 1901 en la revista *Avante*. «Obreros conscientes: cultivad la inteligencia de vuestros compañeros; haced que arraiguen las series de

sus ideas en el suelo fecundísimo de los grandes principios, libertad, igualdad, fraternidad y no os preocupéis de cómo ha de ser la eflorescencia de sus almas. Las flores serán hermosas y el fruto —el porvenir— será bueno.» En realidad tampoco complació, como decíamos, a las «fuerzas vivas» de la ciudad pues, como nos cuenta su hija, «hubo de abandonarla.»

Poco más pudo decirles a estos obreros pues en julio de ese mismo año con su número octavo, conseguido en las oposiciones y sus 1625 pesetas de sueldo, es nombrado maestro de Vélez Málaga y con ello completa su particular viaje por Andalucía. Vuelta a la pequeña ciudad, de nuevo la naturaleza y la enseñanza y la escuela. Ciudad para el casamiento y el nacimiento de María Zambrano hace ahora 95 años y ciudad para el silencio. Bastante silencio, sólo algún artículo en revistas de educación, algún reconocimiento por su labor escolar, pero reducción del espacio social y el simbólico. No sé qué pensar pues es difícil de entender que tras su actividad en Granada su paso por Vélez fuera tan discreto. Ninguna noticia sobre D. Blas en la prensa de la época que he consultado. Quizá es lo que se llama «sentar la cabeza» ante las nuevas obligaciones familiares y lo reducido del sueldo tarde y mal pagado.

Mas por textos suyos, posteriores, podemos saber que Vélez fue su escuela, sus alumnos y la apuesta por transformar la sociedad desde la enseñanza. Maestro rural, como otros muchos, descubrió que la palabra es, al mismo tiempo, mucho y poco frente al poder y desde su casa en la calle del Mendrugo nº 8, empedrada y en cuesta junto a su escuela nacional, debió padecer y no gozar, salvo el gozo que provoca dar a luz conocimientos en la cabeza de sus niños veleños, lo que significa defender ideales en lugar encontrado y amado. De ahí su doble sentimiento por Andalucía que podemos observar en dos textos distantes en el tiempo (1912 y 1929).

Desde Segovia escribe un artículo quizá para *El Defensor de Vélez-Málaga* o para alguna revista de menor rango titulado *A Vosotros*, es

decir, a sus convecinos en el recuerdo vivo, y lo hace dolorido por las relaciones con los poderosos y agradecido a los iguales en estos términos: «Y de aquí arranca vuestro mérito, o la parte fundamental de vuestro mérito, porque ostentar la idea republicana, sinceramente profesada, en una República, o en una ciudad como Barcelona, Valencia, La Coruña, es acción rectamente moral, mas de escaso mérito, por el poco esfuerzo voluntario que supone; mientras que ostentar esa misma idea en una ciudad sometida a opresor caciquismo, y en donde era pecaminoso, depresivo, casi bochornoso ser republicano, según el modo de ver de la mayoría de las personas colocadas en esa posición social superior, desde la que, aun sin pretenderlo por la sugestión de las alturas, se dirige la vida social, es ya tener *valor probado* en la hoja de servicios de esta milicia que es la vida entera.»

A través de algunos comentarios sobre el papel del maestro en orden al progreso del país podemos colegir que D. Blas marchó de Vélez con un sentimiento encontrado, como luego diremos, pero más aún, que ese escozor no le abandonó nunca. Así, glosando la figura de un maestro de Ronda, D. Juan Carrillo, en un libro al que Blas Zambrano puso un prólogo, decía lo siguiente: «...la decisión de hacerse maestros en aquel tiempo y aquellos lugares, en los que D. Juan vivía, era una decisión heroica, o una decisión desesperada» (...) «Y resultaba más heroica en Andalucía, aun apartando la hostilidad del *señorito*, por el hecho de ser Andalucía un país rico, fastuoso, espléndido. El lujo allí es cosa natural. Son lujosos el clima, el suelo, el paisaje, la luz, sobre todo; y el hombre posee lo que pudiéramos llamar mimetismo transformado, o mimetismo psíquico de base mediata; algo, en fin, que le hace traducir en su vida de relación las condiciones más salientes del medio natural en que vive. El andaluz, no por sangre oriental que no la tiene en la mayoría de los casos sino por habitante de Andalucía, propende a estimar lo fastuoso, lo brillante: la oratoria es allí un arte de eterno éxito. Esto no quiere decir que el andaluz carezca de vida interior. Tiene, por el contrario, más vida interior que

nadie. Lo que le sucede al andaluz es que vive más interior y exteriormente, que los hombres de climas opuestos».

Y el aprecio de las profesiones se rige en todas partes no por elaboraciones de la vida íntima de cada uno, sino por los hábitos, sentimientos, gustos, referidos a lo aparente; por actitudes tradicionales y gregarias ante los esquemas o «figuras de profesión».

Por eso concluía D. Blas: «El Maestro no haría mal papel en un pueblecito de Castilla. Pero tenía que hacerlo, sin que nadie tuviese que poner en ello interés alguno, en Jerez, en Antequera, en Écija, en Úbeda, en Ronda. Fue, pues, heroico al decidirse a ser Maestro {...}»

Podemos deducir de estas palabras que la Vélez de la Axarquía andaluza fue la tierra del limonero que consiguió alcanzar María Zambrano subiéndose al hombro de su padre, es decir, de vida, de crecimiento y de primavera pero también de tensiones que le llevaron a considerar que allí era imposible la realización del ideal de cultura universal que se había ido labrando trabajosamente desde un lugar «harto pequeño» como el sur de Extremadura. La propia copla ya pronosticaba un resultado así:

«Yo tiré un limón por alto
Por ver si coloreaba;
Subió verde y bajó verde,
Mí pena se redoblaba.»

De poco vale, por tanto, el ideal si no hay ciudad donde se pueda realizar pues, y esto lo dijo María Zambrano de su padre, «creía que el hombre no se da completo sino en la ciudad.»

Así que había que pensar dónde. Y esa ciudad era, para D. Blas, Madrid, ciudad grande y ciudad de Castilla. Sin embargo, aun habrían de pasar algunos años para regresar a la urbe. Antes fue Segovia, ciudad también de Castilla donde vivió diecisiete años y donde María Zambrano se hizo mujer y, casi con seguridad, pensadora. Lo de filósofa ocurrió también

por entonces pero esta tarea fue realizada de manera compartida con Madrid donde estaba la universidad en la que estudió.

¿Fue Castilla lugar de elección para Blas Zambrano o fue lugar de exilio pues nadie de la familia había vivido allí y no se vive sin tierra? Ambas cosas nos dice su hija y ambas debieron ser verdad aunque parezcan contradictorias. Como hombre del 98 sintió que Castilla era la base de España y ésta, a su vez, de Europa, que la razón clásica tan querida por él no podía realizarse sino en la ciudad, la gran ciudad. La pequeña, en verdad, cerca de la grande lo fue por defecto como para Antonio Machado, aún así, «ciudad verdadera, camino hacia lo universal» como escribiera María Zambrano bastantes años después. Porque, en verdad, tras su paso por Vélez las ansias de universalidad de este maestro de escuela estaban intactas. Faltaba la realización que fue mucho más compleja y ardua de lo que hubiera imaginado. Por eso podemos hablar de un exilio, real, no sólo el de la familia sino el suyo propio porque terminó por percibir su vida como una fractura entre los ideales y la realidad. Por tanto aunque no comenzara como un exilio terminó por serlo.

Mas seguramente llegó a Segovia con la ilusión de haberlo hecho a un lugar, centro de centros y donde el cielo, son palabras de María Zambrano, «se alza al nivel justo». Fue Segovia para los Zambrano (aquí nació Araceli) lugar efectivamente de la palabra, más que nada de la palabra, pero también de la meditación acerca del fracaso, del suyo y, por anticipado, el de otros. No deja de ser un fracaso que Agustín Moreno, aquel naturalista profesor de su hija, le recordara, muchos años después, como «buen gramático y escritor, pero hombre escéptico, materialista y amargado que había de ejercer en él [se refiere a Julián María Otero] y en otros muchachos un proselitismo pernicioso»; como no deja de serlo su progresivo apartamiento de la vida segoviana tras la experiencia que cuenta su hija y comprobar «que las palabras “libertad, justicia, derecho” {...} eran dichas por él en un sentido y entendidas en otro o en ningún

sentido.» En esta ciudad en la que vivió hasta en cinco viviendas diferentes, la última con «sus balcones al sur desde donde se divisaba un paisaje impresionante al Mediodía, desde La Piedad (Vía Crucis, Calvario), abierto al horizonte infinito, encontró sus lugares físicos y humanos: el café La Unión donde tenían la tertulia, sus pocos discípulos, sus amigos: Machado, Mariano Quintanilla, y también la Universidad Popular de la que nunca he sabido por qué no figuró entre sus fundadores, las conferencias y artículos, las reivindicaciones por las mejoras del magisterio... mucha actividad que generó una gran carga intelectual hasta llegar a ser, como nos cuenta Pablo de Andrés Cobos «tan propio de la ciudad como el Alcázar o el Acueducto. Y lo era, pues no hay imagen posible de la ciudad bella de aquellas dos décadas que pueda prescindir de su figura.» Y al tiempo, el vacío alrededor: «Su vivir, nos sigue diciendo el propio Pablo de Andrés, era un estar allí, como el Acueducto, y su actividad era la obediencia a las leyes de la Naturaleza y de la sociedad, que se manifestaba según la propia naturaleza de los dos.» Algo de indolencia como la ciudad misma con carga de siglos y sin futuro confiando en la reciedumbre arquitectónica del acueducto para durar, durar siempre pero las antinomias se agudizaban y Segovia se le agotaba.

No debió resultar tan fácil y poética la vida de los Zambrano en Segovia, pues esa unidad de la ciudad soñada, en verdad sólo se realizó en la ausencia: «Ahora sólo eres mía y eres ciudad, no caos de edificios y sensaciones {...}» sino forma que se puede contemplar como el huerto de San Juan de la Cruz o el de la casa de la calle de San Antón, fuera de la ciudad amurallada, pero antes fue muchas cosas {...} por ejemplo escuchar a Unamuno, D'Ors o García Morente o alguno de aquellos intelectuales, zurdos o no, y hasta el obispo Gandásegui a quien los píos llamaban «Gastásegui» por las limosnas que daba, y saber que allí también había «fuerzas vivas» o, por mejor decir, reaccionarios. ¡Mejor hubiera sido la luminosa Segovia, con el cielo a la distancia justa, espejo de la historia en lo que fue y pudo haber sido

pero... sin reaccionarios! Mas, y esto lo he explicado en otra parte, hacia 1925 y con motivo de una conferencia de Américo Castro ya se vio que las fuerzas de que antes hemos hablado montaron su particular combate frente a este pensamiento libre que representaban quienes trataron de reaccionar —no siendo reaccionarios— publicando *Manantial*. ¿Por qué sería precisamente este nombre?

Mas D. Blas levantó la casa y marchó con sus recuerdos a Madrid. Creo que no de otra cosa vivió ya desde entonces. Para él la ciudad, la urbe, tanto tiempo idealizada como espacio de libertad, tengo la impresión que se redujo a un lugar opaco. Al principio aún dictó algunas conferencias interesantes sobre cuestiones de educación donde su idealismo se mostraba aún más radical al tiempo que hacía lo propio su pesimismo.

No sabemos de ninguna reacción especial por la llegada de la República tanto tiempo soñada ni que asistiera a la tertulia de Machado una vez que éste fuera también a Madrid. Sus últimas cuartillas recrean los debates de la tertulia segoviana en forma dialogada con personajes reales o alguno cambiado pues estoy bastante seguro que él es ese Álvaro Venegas con ansias de unidad, refractario a los dualismos y dispuesto a favorecer la que llama en una ocasión «realidad conjuntiva». La razón poética estaba ya concebida entonces aunque el estallido de la guerra fue el acontecimiento que la hizo imprescindible para la sociedad española.

Así que D. Blas que con la ayuda de Antonio Zozaya había escrito en *El Liberal*, en 1907 como anticipo de la que hubiera deseado una vida en Madrid, se encontraba ahora, a la vuelta de esa vida, en Madrid pero con las columnas rotas. ¡Qué dualismo tan irreducible entre la vida y la idea! ¡Qué contraste entre sus ensueños luminosos y la mísera realidad de su existencia! nos dice de su «alter ego» Venegas en la novela corta ya mencionada. Para quien había pensado tanto en la unidad comenzando por la ciudad y extendiéndola como círculos

concéntricos hacia lo lejos debió ser terrible la experiencia de la guerra. Darse de bruces con la fractura, las columnas definitivamente rotas cuando él había contemplado tanto tiempo los pilares del acueducto levantando las piedras con firmeza para conformar arcos duraderos y hasta fue considerado por Machado como arquitecto del mismo.

Debieron ser años de miseria. Es tremendo ver en sus borradores cómo pide que se ahorre papel, cómo las cuartillas se aprovechan al máximo y poco más. Ahí quedaron sus casas, primero en la Plaza de los Carros, nº 1, 2º derecha y luego en la del Conde Barajas, nº 3. ¿Tendría algo que ver con su pensamiento el que viviera en una plaza para vivir o fue simple casualidad? En todo caso es todo un símbolo de la ciudad armónica, geoméricamente construida a partir de la plaza que le hubiera gustado construir, pero desgraciadamente esas plazas fueron el punto de partida para una huida que a él le concluyó en Barcelona tras pasar por Valencia.

En Barcelona, Diagonal, nº 600, se encontró con algunos de sus antiguos discípulos segovianos que aquí vivían «a los que se añadió algún otro nuevo que le acompañaron en los últimos momentos de su anónima vida» hasta que murió en pleno otoño y 64 años vividos. Todavía al mes siguiente, Machado escribía a María Zambrano desde Valencia en los términos siguientes recordándole a su padre (carta recuperada por Juan Fernando Ortega): «¿Cómo le va a Ud. En Barcelona? Diga Ud. a su padre, mi querido D. Blas, que lo recuerdo mucho, y siempre para desearle toda suerte de bienandanzas y de felicidades. Dígame que, hace unas noches, soñé que nos encontrábamos otra vez en Segovia, libre de fascistas y de reaccionarios, como en los buenos tiempos en que él y yo, con otros amigos, trabajábamos por la futura República. Estábamos al pie del acueducto y su papá señalando a los arcos de piedra, me dijo estas palabras: "Vea Ud., amigo Machado, como conviene amar las cosas grandes y bellas, porque ese acueducto es el único amigo que hoy

Aurora

nos queda en Segovia". "En efecto —le contesté— palabras son ésas dignas de su arquitectura". Ése fue el último recuerdo de las ciudades compartidas con su padre: Segovia en la memoria, Valencia y Barcelona, origen y destino de la carta. A partir de ese momento otras ciudades y otro mundo... y el exilio real.

Impresiona leer ahora los recuerdos que de estas ciudades retuvo María Zambrano, tanto de lo que le contaron como de lo que ella vivió, desde la Extremadura poética, el choque con las «fuerzas vivas» de Granada, aquel agua profunda, clara y misteriosa del pozo al que cayó en Vélez-Málaga que creo «ha inspirado a lo largo de mi ya larga vida muchos de mis escritos y aún de mis ideales» (Carta de 1983 a

Agustín García Chicón); la Segovia muda, es decir, «muda no, pues ya sabe Ud. que era nada menos que la sede de la Academia de Artillería» (carta a J.L. Abellán, 1984); los años de Madrid en que su padre vivió años de meditación y de espectador de la «cosa pública» y la Barcelona de la guerra.

Cuando Unamuno escribió aquello de que nuestra filosofía está líquida en nuestra vida y en nuestra acción sabía perfectamente lo que se decía. Estas ciudades que María Zambrano recorrió, algunas lógicamente por anticipado sólo en la persona de su padre, otras ya compartidas, no es que fueran simplemente lugares o espacios como ahora son las ciudades sino que fueron su vida y su acción.

Antonio Zarco
Andalucía (1990)

